

EL TORCAL ANTEQUERANO

Para el que gusta conocer las variedades que ofrece la Naturaleza, nada tan extraordinario como el fenómeno de la sierra del Torcal, situada a unas seis leguas de Málaga. Pletórica de imágenes, en perfecto matidaje la realidad con la fantasía, vibran las ilusiones al conjuro mágico de las bellezas que atesora semejante costra calcinada, en la que los monolitos reinan por doquier ofreciendo múltiples perspectivas.

La sierra del Torcal, observada con cierta imaginación, es una ciudad indómita, salvaje, y tan inverosímil y absurda, que bien parece escenario remoto de una relación de hechos, de sucesos, de leyendas, que tuvieron como fatal desenlace el que todo lo existente en ella quedara petrificado, en una incomprensible y misteriosa formación, en la que se mantuvo incólume el sentimiento de lo bello...

Nuestro paso por el Torcal nos hace rememorar aquellos cuentos fantásticos que conocimos en la niñez, para delectación del espíritu, en los que un genio destructor tenía la rara virtud de encantar a las personas, prevaleciendo de las malas artes de que disponía. Y admitiendo lo abrupto de aquel terreno, llegamos a suponer que estamos soñando con una de esas narraciones populares, con un cuento que bien pudiera titularse "La ciudad bravía que quedó encantada", en el que la fantasía más desconcertante tejó los más curiosos episodios.

—0—

Trepando por una empinada cuesta, por el sitio conocido por "Hoyo del Bramadero", y cruzando por la "Cañada de todos los Aires" y el "Puerto del Almendro", llegamos hasta la "Cima de la Mujer". En este primer trozo del recorrido logramos ya formarnos una idea de la importancia geológica de lugar tan interesante, en el que se suceden continuamente los diversos accidentes del terreno con todas sus misteriosas y sorprendentes circunstancias, ofreciendo grato solaz al espíritu que, inquieto y anhelante, las contempla y las admira.

"La ciudad bravía que quedó encantada" se nos presenta a partir de entonces con toda su magnificencia, con todo su esplendor, con esos

perfiles tan extravagantes que la caracteriza, que a veces desconciertan el ánimo ante los inexcusables detalles que ofrecen, y siempre hacen remontar el pensamiento hacia las regiones de lo infinito.

Hé aquí las calles de esta ciudad, laberíntica y desconcertante, hasta el extremo de que no puede darse paso alguno por ella sin que el guía, el hombre que logró desentrañar el arduo problema que supone el deambular por semejantes vericuetos, previamente indique la dirección que hay que tomar. Cruzamos por lugares tan pintorescos como son, entre otros, "Las Contraviesas", el "Paso del Arzoz", el "Paso de la Gallumba", "Las Ventanillas", "La Realenga", "Polvillares" y "Puerto de la Zorra", con el estupor consiguiente, y observamos con el corazón henchido de entusiasmo, que la variada disposición de sus rocas han formado tan extrañas alternativas en el terreno, que todo cuanto en él se levanta disfruta aspectos distintos y maravillosos. Las rocas, con sus crestas cortadas, aparecen por todas partes. Moles inmensas, artísticamente situadas, van creando las torcas, y ante tales abismos, la naturaleza desfallece, mostrándose empujueñecida. Todo es allí extraordinario, hermoso, encantador. Los callejones tortuosos suceden a las explanadas, presentando difíciles situaciones para el viajero.

Animado el espíritu por tanta ilusión óptica, observamos que tan extrañas circunstancias originan otras percepciones que dan base a muy variados y extravagantes juicios. "La ciudad bravía que quedó encantada" conserva, en toda su vigorosa magnitud aquellas enormes agrupaciones de piedras de todos los tamaños que tanta semejanza tienen con las distintas construcciones de todas las edades y civilizaciones. En este admirable trasunto de nuestra historia, la imaginación, ayudada por la fantasía, logra descubrir detalles sugestivos y evocadores en tan geniales y variadas creaciones de la naturaleza, admirando tras el castillo árabe, la fortaleza romana o la construcción de estilo gótico, cuyas delicadas características tan fielmente aparecen reproducidas. Y rodeando a cada uno

de tales "monumentos", que pregonan bellezas del pasado, también se descubren otras piedras, símbolos de tiempos ignorados, reproduciendo perfectamente figuras humanas, las cuales debieron quedar petrificadas por designios desconocidos.

Entre aquel abigarrado y extravagante conjunto, evocador de tantas sugerencias y plasmador de tantas sensaciones, surge esplendorosa la flora exótica que proporciona al ambiente un perfume embriagador. La yedra crece sobre las rocas, merced a sus recios tentáculos, cubriéndolas artísticamente; la madreselva y la "rosa maldita" adornan aquellos lugares con sus florecillas extrañas... En terreno tan admirable no podía faltar el encanto poderoso de una vegetación bien lozana. Y la "ciudad bravía que quedó encantada" ofrece también, por tanto, el atractivo poderoso y halagador del perfume de sus flores.

—0—

Todo pueblo tiene su historia y sus tradiciones, sus leyendas episódicas. Y esta ciudad cuenta con todo ello, recordando cada piedra algún suceso del pasado.

Aquí se nos presenta la "Cama de Roa". Este Roa fué un célebre guerrillero antequerano, que al frente de una partida de gente serrana se encargó durante la guerra de la Independencia de deshacer las guerrillas francesas que cruzaban por aquellos lugares; esta es la "Sima de la Mujer", que compendia una cruel historia de desesperación y de engaños; éste es el "Hoyo del Partidario", que sirvió de sepulcro a un defensor de las libertades patrias; esta es la "Cañada del Lloradero", que tiene por base una historia de lágrimas; éste es el "Paseo de la Comedianta", donde murió, al caer de una caballería, una notable actriz...

Y son historias estas que se conservan a través de los años con la misma firmeza con que se mantienen aquellas rocas formidables.

—0—

¡El Torcal! Lo hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo. Nada hay que se asemeje a esta hermosa sierra malagueña. No admite siquiera comparación ni con la Ciudad Encantada de Cuenca, la Pedriza de Manzanares, Monserrat, ni siquiera en el pa-

saje verdaderamente admirable del Karts de Dalmacia, en la costa del Adriático. El Torcal antequerano es obra que magníficamente ha sido esculpada por las aguas de lluvia, con un primor verdaderamente exquisito.

No existe nada que le iguale. Primitivamente fué un paquete inmenso, gigantesco, de bancos calizos separados por multitud de lechos arcillosos, provistos todos de una horizontalidad sorprendente.

Para un geólogo de tan marcado relieve como don Juan Carandell es un bloque de piedra venido desde Africa y arrastrado infinito número de kilómetros sin perder su horizontalidad. Fundamenta esta teoría en que es la rotación terrestre la causa de la tendencia que los continentes, masas de rocas poco densas, tienen a resbalar hacia el Ecuador, deslizándose sobre las masas rocosas profundas, de mayor densidad, las cuales bajo el agobio de espesores enormes adquieren cierta plasticidad a larguísimo plazo. No hay que pensar, pues, en la posibilidad de disminución de volumen de la Tierra para explicarse la formación de las grandes arrugas que en forma de sistemas montañosos cruzan la superficie terrestre, y no se puede, por tanto, aceptar idea alguna sobre la fluidez del interior del globo, ya que es imposible que este pierda volumen, dada la consistencia rígida que en el interior de nuestro planeta tiene.

Así como en determinados lugares de la intrincada sierra, el Torcal se halla en un estado embrionario por que su tabla caliza es continua, en otros, la acción del agua ha disuelto casi por completo la caliza, desapareciendo los torreones y columnas, quedando en su lugar, como único recuerdo del tiempo que transcurrió, amplios rellenos o colinas. Pero entre ambos extremos, condensado en los amplios y dilatados horizontes que indica el pasado al ser relacionado con lo porvenir, existe magnífico y soberano el Torcal de hoy, la obra maravillosa de la Naturaleza.